

## El pueblo raro

Érase una vez, no hace mucho tiempo, un pueblo muy raro de nombre también muy raro. Había en este pueblo raro una familia normal con padre, madre, dos hijos y dos hijas. Al ser una familia normal, para la gente del pueblo era una familia rara. El padre, que era el farmacéutico del pueblo, era para ellos un tontaina que leía libros, hablaba varios idiomas y estudiaba nuevas fórmulas en su laboratorio. Y la madre, que en realidad era una mujer moderna e inteligente, sólo era la “forastera” por no haber nacido en el pueblo. Las mujeres del lugar no demostraban ningún interés por hacerse amigas de ella. Por no hablar de las burlas que los demás niños dedicaban cada día en la plaza o en el colegio a los hijos del farmacéutico y su mujer.

Era tan difícil ser uno mismo allí, que el hijo mayor, harto de ser motivo de burla por su afición a la poesía, decidió dejar de lado esta pasión para empezar a comportarse como sus paisanos y poder ser considerado como uno más. Empezó a imitarles en todo, hablaba, vestía y andaba como ellos, se interesaba por las mismas cosas que ellos, se reía de lo mismo que ellos e incluso se burlaba, al igual que todos los de su pueblo, de su propia familia. Sobre todo se burlaba de su hermano pequeño que a pesar de todo le adoraba. Así fue como, el hijo mayor del farmacéutico se ganó el respeto y la amistad de su pueblo.

Al contrario que su hermano mayor, plantearse dejar de ser él mismo, no era algo que pasara por la cabeza del mediano. Este joven, siguió siendo el hazme reír no sólo de su pueblo, sino también de su propio hermano por tener una inteligencia tal que era capaz de calcular en pocos segundos una ecuación de tercer grado, de memorizar en un pis pas y para siempre la Tabla Periódica de los Elementos o de repetir al pie de la letra cada capítulo del Quijote siempre que su madre se lo pedía. Pero en el pueblo todos se quejaban de él e incluso los maestros le ponían malas notas: “Este niño no habla como se habla aquí” le decía el profe de lengua a su padre...

Mientras tanto, el padre, que lo vivía todo desde su rebotica, al principio no le daba importancia, porque dentro de las paredes de su casa tanto él como sus hijos y su mujer eran felices. Pero con el paso de los años, tuvo que escuchar tantas conversaciones de amigos y familiares en las que se lamentaban de que hubiera elegido tener una familia rara, que empezó a preguntarse si podrían tener razón y que una familia así no pudiera ser feliz allí. Cada vez se hacía esta pregunta más a menudo a la vez que aceptaba con más facilidad los consejos de la gente del pueblo que le decían: lees demasiado, estudias más de lo necesario, tómate un trago con nosotros: eso si que es una medicina, tu mujer que espere en casa...Sin saber cómo, se fue desentendiendo de su rebotica, de sus libros, de su mujer y de sus hijos y cada trago que tomaba con sus paisanos lo alejaba más de su casa y lo transformaba en lo que la gente del pueblo llamaba “alguien normal”.

En medio de todo esto, la hija mayor habiendo cumplido diecisiete años, se fue a estudiar el último curso de secundaria a otro país, un país donde la gente era normal y ella se sentía libre y sin miedo a ser tal como era. Durante diecisiete años había guardado un secreto por temor a los del pueblo, pero a la vuelta de aquel viaje, ya no tenía miedo de contárselo a su madre, estaba segura de que la entendería y estaría con ella en las circunstancias más difíciles que le tocara vivir, porque su madre era la mujer más moderna, libre e inteligente que conocía, ¡que suerte tengo de tener esta madre!-se decía-. Pero cuando empezó a contarle que estaba enamorada de una compañera de clase, la cara de su madre cambió por completo, le salió una mueca de rabia que nunca se le borró de la cara, lejos de lo que su hija creía, la

madre no la entendió, ni siquiera quería escuchar la historia entera, se tapaba los oídos y repetía chillando la misma frase sin parar: “Que te calles, que te calles, que te calles...” la hija mayor no entendía nada ¿cómo es posible que su madre la estuviera tratando así? era como si se hubiera mimetizado con el pueblo, justo ahora que su marido ya no quería saber nada de ella...

La hija pequeña escuchó y vio todo lo que ocurrió ese día entre su hermana mayor y su madre, quería mucho a su hermana que al ser diez años mayor que ella la cuidaba y prevenía de la gente del pueblo, también sentía lo mismo que su hermana mayor, pero eso era otra historia, una historia que nunca contaría a nadie, mucho menos a su madre después de lo que había pasado. Vio cómo su hermana se tenía que marchar de la casa y del pueblo, sin nada, sin trabajo, sin amigos y buscarse la vida ella sola. Su padre no estaba para ayudar a nadie y sus hermanos menos, el mayor renegaba de ellos y el mediano bastante tenía con sobrevivir allí. Decidió que su madre no sufriera más, dedicó su vida a ella, hacía todo lo que ella decía o mandaba con tal de que un día esa mueca de rabia desapareciera de su cara. Pero nada de lo que ella hacía parecía devolver a su madre la alegría que un día tuvo.

Así pasaron muchos años, el padre se fue marchitando a base de tragos, el hijo mayor se convirtió en el más pueblerino de todos los del pueblo, el hijo mediano se encerró en su casa, la hija menor se dedicó a obedecer a su madre y la hija mayor creó una familia fuera de allí. Un día, avisaron a la hija mayor de que su padre estaba a punto de morir. Cuando fue al pueblo, a la casa donde vivió de niña a despedirse de su padre, él la abrazó y le habló con cariño, como cuando era una niña y le dijo que se alegraba mucho de verla y que la quería. También le dijo que se arrepentía de todo lo que había pasado en los últimos años y que aún seguía queriendo a su madre, a sus hermanos y a su profesión. Le contó que ese pueblo le había chupado la sangre hasta conseguir verle a él hundido, a su madre llena de rabia, a su hermano mayor vacío, a su hermano mediano encerrado y a su hermana pequeña amargada porque-y continuó diciendo el padre-¿Qué se puede esperar de un pueblo llamado Envidia?

A partir de aquel día nada siguió igual. La hermana mayor que había recibido toda la fuerza de su padre y pudo hacer oídos sordos a la gente del pueblo, con cariño hizo ver a su hermano mediano lo valioso que era y así lo pudo sacar de su encierro. Éste se encargó de ayudar a su hermano mayor llenando de conocimiento su vacío interior, así el hermano mayor escribió para su madre los poemas más bellos que jamás le habían escrito y éstos terminaron por fin con la mueca de rabia de su cara. La hija pequeña que había pasado tantos años cuidándola, se sintió tan feliz por ello que le contó que ella también era como su hermana, pero esta vez recibió de su madre un abrazo y una sonrisa igual que los que regaló a su otra hija, que por supuesto la perdonó. Desde entonces aquella familia irradiaba tanta felicidad que fue capaz de transmitírsela a sus paisanos, que por pura curiosidad empezaron a interesarse por la ciencia, los viajes, los idiomas, la naturaleza, la poesía, el amor y todo lo que antes despreciaban. El alcalde estaba tan satisfecho y orgulloso de su pueblo que convocó un referéndum para cambiarle el nombre. *Envidia* les parecía a todos feo y antiguo además de raro. Entre los diferentes nombres propuestos salió ganador el mejor posible, el pueblo se llamó desde entonces *Gratitud*, un nombre fuera de lo normal para un pueblo que dejó de ser raro para pasar a ser extraordinario.